

PQ 4714.

.A8.

NG

v.2



FONDO  
PEDRO REYES VELAZQUEZ

# LOS NOVIOS

HISTORIA MILANESA DEL SIGLO XVI

## CAPÍTULO XX

Estaba fundado el tal castillo sobre un angosto valle en la más alta cima de un cerro que procedía de una escabrosa cordillera de montañas, sin que fuese fácil determinar si estaba unido con ella, ó separado por hondonadas y derrumbaderos, y por un laberinto de cavernas y precipicios, tanto por la espalda como por los costados. El frente que miraba al valle era el único practicable, pues formaba el terreno una pendiente no tan áspera, cubierta de pastos en su altura, cultivada en la falda, y con varias chozas de trecho en trecho. Era el fondo del terreno una madre de piedras y gujarros, por la cual corría, según la estación, un riachuelo ó un torrente que entonces servía de límite á los dos Estados. Las montañas que cerraban el valle por la parte opuesta declinaban también en una falda de no mucha extensión, cultivada en partes, aunque interrumpida por enormes peñascos, y subidas escabrosas sin senda alguna, ni más vegetación que tal cual matorral en las hendiduras ó en los picos más encumbrados.

Desde la altura de su denegrido castillo dominaba el selvático caballero, como el águila desde su nido sangriento, todo el territorio en que pudieran estamparse huellas humanas, no teniendo nada que temer por la parte posterior de su guarida. De una sola mirada recorría todo aquel recinto con sus hondonadas, cumbres y veredas. La más ancha de estas que entre varios recodos y revueltas conducía al castillo, semejava

desde lo más alto una cinta serpenteando á modo de culebra. Desde las ventanas y troneras podia el dueño contar los pasos de los que subian, asestando contra ellos sus tiros : en términos que con la fuerte guarnicion de bravos que le acompaña-



Desde las ventanas podia el dueño contar los pasos de los que subian.

ban, le era fácil defenderse de un número considerable de gente armada, despeñando á muchos ántes que uno lograrse llegar arriba. Aunque, por otra parte, ninguno que no estuviere bien con el amo se atrevia, no digo á subir, sino á dar un paseo por el valle : y al esbirro que se hubiera dejado ver en aquel sitio, le habria cabido la suerte que á un espía ene-

migo en tiempo de guerra. Contábase en el país la historia trágica de los últimos que lo intentaron; pero ya era historia antigua, y ninguno de los aldeanos se acordaba de haber visto por allí ningun ministro de justicia ni vivo ni muerto.

Esta es la descripcion que de aquel paraje nos dejó el autor anónimo ya citado, aunque sin expresar el nombre de su dueño. Léjos de eso, para no dejarnos rastro por donde pudiéramos formar conjeturas, nada nos dice del viaje de D. Rodrigo, sino que de golpe nos le presenta en el valle, á la falda del cerro, y á la entrada del tortuoso y empinado camino en donde habia una especie de venta, á que pudiera darse el nombre de cuerpo de guardia, sobre cuya puerta pendia una antiquísima muestra, en la cual estaba pintado por ambas partes un sol radiante : si bien la voz pública, que á veces repite los nombres segun se los enseñan, y á veces los desfigura á su antojo, no daba á semejante albergue otro nombre que el de *la mala noche*.

Al ruido de las pisadas de su caballo se presentó á la puerta un moceton, armado de cuchillo y pistolas, y reconocido el terreno, entró á avisar á tres bravos, que con unos naipes abarquillados y mugrientos jugaban en el zaguan. Levantóse el que parecia jefe, se asomó á la puerta, y viendo que el que llegaba era un amigo del amo, le saludó con respeto. Volvióle D. Rodrigo el saludo con mucha cortesía, preguntándole si el caballero se hallaba en el castillo, y habiendo recibido respuesta afirmativa, se apeó D. Rodrigo y entregó la brida al *Tivaderecho*, uno de los de su escolta. Quitóse luego del hombro la carabina, dándosela á *Serranillo*, otro de los suyos; y aunque al parecer lo hizo como para alivio del peso y mayor comodidad de la subida, la razon verdadera fué tener entendido que á nadie se permitia subir con armas de fuego. Sacó despues algunas monedas y se las dió al *Entierravivos*, otro de su comitiva, diciendo : « Aguardadme aquí vosotros, divirtiéndooos entre tanto con esa buena gente. » Por último, puso en manos del cabo unos cuantos escudos, insinuándole que la mitad era para él y la otra para repartir entre sus com-

pañeros. Hecho esto, empezó á subir la cuesta en compañía del *Canoso*, que también habia dejado su escopeta. Entre tanto, los tres bravos referidos y el *Rompehuésos*, que era el cuarto (¡qué lindos apodos para que los conserve la historia!) se quedaron con los tres del señor del castillo y con aquel moceton, aspirante á la horca, á jugar, emborracharse y contar sus respectivas hazañas.

Otro maton del caballero anónimo que subia la cuesta, alcanzó á D. Rodrigo, le miró, y habiéndole conocido, se incorporó con él, ahorrándole de este modo la molestia de decir su nombre y dar razon de su persona á cuantos fuera encontrando y no le conociesen. Llegado al castillo é introducido en él, quedándose fuera el *Canoso*, le hicieron atravesar un laberinto de corredores oscuros y varios salones, cuyos adornos eran carabinas, escopetas, trabucos, pistolas, y sables. Habia un bravo de guardia en casi todas las piezas, y despues de saludar al último y aguardar un breve rato, fué admitido en la que ocupaba el dueño.

Acercóse éste á recibirle, correspondiendo á su saludo, y mirándole al mismo tiempo de piés á cabeza, y en especial á la cara y las manos, como por hábito lo hacia casi involuntariamente con cuantos se le presentaban, áun cuando fuese el más antiguo de sus amigos. Era un hombre alto, flaco y calvo. Esta última circunstancia, la blancura de su escaso cabello y las arrugas del rostro, indicaban en él una edad más avanzada que la de sesenta años que apénas habia cumplido. Su aire, sus modales, la dureza visible de sus facciones y el fuego concentrado que resplandecía en sus ojos indicaban cierto vigor de cuerpo y alma, que hasta en un jóven hubiera parecido notable.

Dijole D. Rodrigo que iba á pedirle consejo y auxilio, pues hallándose empeñado en un negocio difícil de que por su propio honor no podia retroceder, se habia acordado de las ofertas de un sujeto que siempre cumplia más que prometia; y en seguida se puso á contarle su infame tramoya. El caballero, que ya tenía indicios, aunque confusos, del tal

negocio, le escuchó con la mayor atencion, tanto por lo que le agradaban semejantes historias, cuanto por estar complicado en aquella un hombre conocido y odiado en extremo, cual era el de fray Cristóbal, enemigo declarado de los poderosos que abusaban de su autoridad y fuerza, contra los cuales hablaba y obraba siempre que podia. Continuó despues D. Rodrigo ponderando la dificultad de la empresa... la distancia... un convento... la señora... Al oír esta palabra, le interrumpió el caballero del castillo como si un demonio metido en su corazon se lo hubiese mandado, y añadió, que tomaba á su cargo la empresa. Apuntó el nombre de la pobre Lucía, y despidió á D. Rodrigo con la promesa de que dentro de poco le daria aviso de lo que se hubiese adelantado.

Nuestros lectores, que probablemente se acordarán de aquel perverso Egidio que vivia cerca del convento en que estaba recogida Lucía, han de saber ahora que el tal personaje era uno de los más íntimos amigos y camarada de iniquidades del caballero sin nombre, por cuya razon soltó con tanta facilidad su palabra. Sin embargo, apénas se halló solo, se arrepintió de haberla dado, impacientándose de su ligereza. Habia ya algun tiempo que sus fechorías le causaban, sino remordimientos, al ménos cierta desazon importuna. Las muchas que conservaba aglomeradas en su memoria, más bien que en su conciencia, se le presentaban vivamente al cometer una nueva maldad, pareciéndole harto incómodo su recuerdo, y abrumándole su excesivo número, como si cada una agravase sobre su corazon el peso de las anteriores. Empezaba ya á sentir otra vez aquella repugnancia que experimentó al cometer los primeros delitos, y que vencida despues, habia dejado de importunarle por espacio de muchos años. Pero si en los primeros tiempos la idea de un porvenir indefinido y de una vida larga y vigorosa llenaban su ánimo de una confianza irreflexiva, ahora por el contrario, la consideracion de lo futuro era la que le presentaba más desagradable lo pasado.

¡Envejecer!... ¡Morir!... ¿Y luégo? ¡Cosa admirable! La

imágen de la muerte, que en un peligro inmediato, delante de un enemigo, aumentaba el ánimo de aquel hombre, añadiendo el valor á la ira, la misma imágen ofreciéndosele durante el silencio de la noche, en la seguridad de su castillo, le causaba una extraordinaria consternacion, porque no era un riesgo que provenia de otro hombre tambien mortal, ni una muerte que pudiera repelerse con mejores armas y brazos más vigorosos, sino que venia por sí sola, estaba dentro de sí mismo, y áun cuando tal vez se hallase lejana, se acercaba por momentos **piso á paso**: y cuanto más se esforzaba por alejarla la imaginacion, se aproximaba más y más cada día. En los primeros años, los ejemplares sobrado frecuentes, y el espectáculo incesante, digámoslo así, de violencias, venganzas y asesinatos, inspirándole una atroz emulacion, le servian al mismo tiempo de disculpa, y áun de autoridad para adormecer los clamores de su conciencia; pero ahora se despertaba en él de cuando en cuando la idea confusa, aunque terrible, de un juicio individual y de una razon independiente del ejemplo. Por otra parte, el haberse distinguido de la turba vulgar de los malhechores, siendo solo en su especie, excitaba en su espíritu la idea de un espantoso aislamiento. Representábasele tambien la idea de Dios, aquel Dios de quien habia oido hablar, pero á quien desde tiempo muy antiguo no pensaba ni en negar ni en reconocer, ocupado únicamente en vivir como si no existiera. Y ahora en ciertas ocasiones de abatimiento, sin causa de terror, sin fundamento conocido, le parecia que en su interior le gritaba: *Yo existo*. En el fervor juvenil de sus pasiones, la ley que habia oido anunciar á nombre de ese mismo Dios, la hubiera juzgado aborrecible; pero ahora, cuando la memoria se la recordaba, su razon la admitia, á pesar suyo, como cosa practicable y áun obligatoria. Sin embargo léjos de dejar traslucir ni en obras ni en palabras algo de esta nueva inquietud, la ocultaba cuidadosamente, y disfrazándola con las apariencias de una más intensa y profunda ferocidad, trataba por este medio de ocultársela á sí mismo ó de disiparla. Envidiando (ya que no

le era dado aniquilarlos ni olvidarlos) aquellos tiempos en qué solia cometer maldades sin remordimientos, y sin más cuidado que el de su feliz éxito hacia los mayores esfuerzos á fin de que volviesen, y de robustecer de nuevo aquella antigua voluntad resuelta, orgullosa, imperturbable persuadiéndose á sí mismo que era todavia el hombre de entónces.

Esta fué la causa de haber empeñado su palabra inmediatamente para cerrar la entrada á toda reflexion que pudiera hacerle titubear. Pero apénas salió D. Rodrigo, cuando conociendo que se debilitaba su resolucion, y que poco á poco le ocurrían pensamientos que le inclinaban á faltar á su palabra, exponiéndole á quedar mal coñ un amigo y cómplice suyo: para cortar de una vez tan penosa lucha, hizo llamar al *Gavilan*, uno de sus más arrojados y diestros satélites, y el mismo de quien se valia para su correspondencia con Egidio, y con tono resuelto le mandó que montase al momento á caballo, marchase en derechura á Monza, é informando á Egidio del compromiso en que se hallaba, le pidiese dictámen, medios y cooperacion para salir de él con lucimiento.

Volvió el perverso mensajero más presto que lo que su amo esperaba, diciéndole de parte de Egidio que la empresa éra segura y fácil, para lo cual convenia que enviase un coche que no fuese conocido, con dos ó tres bravos disfrazados, y que todo lo demas quedaba de su cuenta. Con esta contestacion el caballero del castillo, pasase lo que pasase en su interior, dió inmediatamente la órden al mismo *Gavilan* para que todo lo dispusiese al tenor de la respuesta de Egidio, y marchase á la expedicion con otros dos que le designó por compañeros.

Si Egidio, para prestar el horrible servicio que se le pedia, hubiese contado con sus medios ordinarios, seguramente no hubiera dado con tanta facilidad una contestacion tan terminante; pero en aquel mismo asilo en donde al parecer todo debia ofrecer obstáculos insuperables, tenía el perverso jóven un medio que él solo conocia; y lo que para otros hubiera sido una de las mayores dificultades, era para él un instru-

mento de ejecucion de su proyecto. Ya hemos referido cómo la desgraciada Gertrúdis dió una vez oído á sus palabras, y el lector debe haber conocido que aquella vez no fué la última, sino el primer paso en una carrera de perversidad y de sangre. Habiendo aquellas mismas palabras adquirido un predominio absoluto sobre Gertrúdis, ó diré mejor, una autoridad irresistible para el delito, le impusieron en esta ocasion el sacrificio de la inocente puesta bajo su patrocinio.

Horrorizóse Gertrúdis á semejante propuesta. Hubiérala parecido una desgracia perder á Lucía por un acontecimiento imprevisto, y sin culpa suya; pero deshacerse de ella por medio de una atroz perfidia, era un delito que repugnaba á su corazon, aunque corrompido. Para eximirse, pues, de tan horrendo mandato empleó todos los medios posibles, á excepcion del único infalible que estaba en su mano; porque sojuzgada su voluntad, no sabía resolverse á un rompimiento. El delito es un dueño rígido é inflexible, contra el cual sólo es fuerte el que se decide á una completa rebelion. Á esta no pudo determinarse Gertrúdis, y obedeció.

Era llegado el funesto dia, y se acercaba ya la hora señalada. Retirada Gertrúdis con Lucía en su locutorio privado, la acariciaba más de lo regular, y la inocente jóven recibía y pagaba con excesiva ternura aquellas caricias, como la oveja que, balando bajo la mano del pastor que la palpa y suavemente la arrastra, se vuelve á lamer aquella misma mano, sin imaginar que fuera del redil la aguarda el carnicero, á quien acaba de venderla el mismo que la halaga.

— Necesito — le dijo Gertrúdis — que me hagas un favor: tú sola puedes hacérmelo, pues aunque tengo mucha gente que me sirva, ninguna es para mí de tanta confianza como tú. Por un asunto mio de mucha importancia, que te contaré despues, necesito hablar inmediatamente al padre Guardian de los capuchinos, el mismo que te ha traído aquí. Tambien me importa mucho, querida Lucía, que nadie sepa que yo le mandé llamar, y tú sola puedes secretamente llevar este recado...

Aterró á Lucía semejante propuesta, y con su natural sencillez, pero sin dejar de manifestar admiracion, alegó inmediatamente para excusarse, todas las razones que la monja debía conocer y haber previsto por si misma: es decir, el haber de caminar sola sin su madre, sin persona alguna que la acompañase, en un paraje tan solitario, y en país desconocido... Pero Gertrúdis, aleccionada en una escuela infernal, manifestó disgusto é igualmente admiracion de encontrar tanta resistencia de parte de una persona á quien había hecho tantos beneficios, y aparentó tener por vanas las disculpas, alegando el ser de dia claro, corta la distancia, el camino andado poco ántes por Lucía, y tan fácil, que con pocas señas no lo erraria cualquiera que jamas lo hubiese visto; y en fin, tanto dijo, tanto peroró, que la pobre Lucía, no ménos por encogimiento que por gratitud, dejó caer esta expresion:

— Y bien, ¿qué es lo que he de hacer?

— Véte al convento de los capuchinos (y aquí le dió de nuevo las señas del camino), harás que llamen al padre Guardian, y le dirás que venga á verme al momento, sin dejar traslucir que es á peticion mia.

— ¿Y qué podré decir á la demandadera, que no habiéndome visto salir nunca, me preguntará dónde voy?

— Harás lo posible por salir sin que te vea; pero si no pudiese ser, le dirás que vas á tal iglesia, á que has prometido ir á rezar una estacion.

El mentir fué una nueva dificultad para Lucía; pero la señora se mostró tan afligida de su resistencia, le afeó tanto el que antepusiese un vano escrúpulo á la gratitud, que la infeliz muchacha, más atolondrada que convencida, y arrastrada sobre todo por las últimas palabras, respondió:

— Bien, iré; Dios me ayude.

Y echó á andar.

Cuando Gertrúdis, que inquieta la seguía con los ojos desde la reja, la vió poner el pié en el umbral, impulsada por un sentimiento irresistible, llamó diciendo:

— Oye... Lucía.

Volvió esta la cabeza, se acercó á la reja; pero ya el pensamiento dominante habia ocupado de nuevo la triste imaginacion de Gertrúdis; la cual aparentando no estar bien satisfecha de las señas que habia dado á Lucía, le trazó otra vez el camino que debia seguir, y la despidió diciendo:

— Vaya, haz bien mi encargo y vuelve presto.

Salió Lucía sin ser vista, tomó el camino con los ojos bajos, y muy arrimada á la pared, y halló por las señas, y lo que se acordaba, la puerta del arrabal; salió por ella, y marchando toda metida en sí y algo trémula por el camino real, llegó y conoció el que conducia al convento. Este camino era y es todavía muy hondo, como el cauce de un riachuelo con árboles á los lados, que á manera de bóveda casi lo cubren. Al entrar en él Lucía, y viéndole tan solitario, se aumentó su miedo, y comenzó á apresurar el paso; pero á corta distancia cobró algun ánimo al divisar un coche de camino, parado, y delante de la portezuela abierta, dos viajeros que miraban de un lado á otro, como si temiesen haber errado el camino. Habiéndose acercado más, oyó á uno de los dos que decia: « Aquí viene una buena mujer que nos enseñará el camino. » En efecto, llegada al coche, el mismo hombre con más agrado que lo que anunciaba su cara, se volvió y le dijo:

— Niña, ¿quiere usted enseñarnos el camino de Monza?

— Van ustedes de todo punto extraviados... Monza está hácia aquella parte, contestó la pobrecilla, volviéndose para señalar con el dedo, cuando el otro compañero que era el *Gavilan*, cogiéndola de repente por la cintura, la levantó del suelo. Aterrada Lucía, volvió la cabeza, dió un grito, y el perverso la metió en el coche. Cogióla otro que estaba dentro al vidrio, y á pesar de sus esfuerzos y gritos, la plantó sentada en la testera delante de sí, al paso que otro tapándole con un pañuelo la boca, ahogó su voz y sus gemidos. Al momento se metió también el *Gavilan* en el coche, se cerró la portezuela, y echaron á andar á carrera tendida, quedando en tierra el que la habia hecho aquella traidora pregunta, el cual miró arrebatadamente todo alrededor, y viendo que

nadie habia, se puso de un salto en el alto de la orilla, se aseguró de una rama de un seto que guarnecía el camino, brincó al otro lado, y entrando en unos matorrales que se extendian por largo trecho, se ocultó en ellos, para que no le viesen las gentes que hubiesen podido acudir á los gritos. Era este un satélite de Egidio, que apostado cerca de la puerta del convento, vió á Lucía salir, le tomó las señas, y por un atajo marchó á aguardarla al punto convenido.

¿Quién podrá ahora describir la angustia de aquella desgraciada, y dar una idea de lo que pasaba en su corazón? Espantada abria los ojos para conocer su horrible situacion, y al punto los cerraba por la repugnancia y el terror que le infundian aquellos monstruos.

Á veces forcejaba; pero por todas partes estaba sujeta: otras reunia todas sus fuerzas, intentando arrojarla á la portezuela; pero la tenian como clavada en la testera del coche dos robustos brazos, y cuatro groseras manos la empujaban hácia ella. En cuanto hacia el menor esfuerzo para dar un grito, el pañuelo se le ahogaba en la boca: entre tanto tres bocas de infierno, con la suavidad que su bronca voz les permitia, no cesaban de repetir: « Calla, calla, no tengas miedo; no tratamos de hacerte mal. » Despues de algunos momentos de tan penosa lucha, pareció tranquila, soltó los brazos, dejó caer la cabeza atras, levantó con trabajo los párpados, sus ojos quedaron inmóviles, y aquellas horrendas caras le parecieron un conjunto confuso de monstruos; faltóla el color del rostro, que se le cubrió de un sudor helado, y perdió el uso de los sentidos.

— ¡Ánimo! ¡ánimo! — decia el *Gavilan*. — ¡Ánimo! ¡ánimo! — repetian los otros dos bribones; pero la falta de sentido libraba á Lucía de oír las voces de consuelo de aquella canalla.

— ¡Qué diablos! — dijo uno, — parece muerta. ¿Si habrá muerto de véras?

— Vaya, — contestó el otro; — es uno de aquellos accidentes que padecen las mujeres. Yo sé que cuando he querido

enviar al otro mundo algun penitente, hombre ó mujer, muy diferentes eran sus visajes.

— Basta, — dijo el *Gavilan*; — piense cada uno en cumplir con su obligacion, sin tantas bachillerías. Sacad de debajo de los almohadones los trabucos por tenerlos listos, porque en ese bosque en que vamos á entrar hay siempre algunos bribones agachados; pero no en la mano de esa manera: ¡qué diablos! ponedlos á la espalda tendidos. ¿No veis que esta muchacha es una gallina que de todo se asusta? Si ve armas, es capaz de morirse de véras. Cuando vuevra en sí, cuidado con meterle miedo: ni la toquéis, sino cuando yo os haga una seña. Yo solo basto para tenerla: callad, pues; dejadme que hable yo solo.

Con esto el coche habia entrado ya en el bosque.

Al cabo de algun tiempo la pobre Lucía empezó á volver en sí, como si despertara de una profunda pesadilla, y abrió los ojos. Tardó algun tanto en distinguir los fieros objetos que la rodeaban, y en coordinar sus ideas; pero al fin comprendió de nuevo su espantosa situacion.

El primer uso que hizo de sus pocas fuerzas recobradas fué el arrojarle hácia la portezuela del coche; pero la contuvieron, y no consiguió sino ver un instante la silvestre soledad por donde pasaba. Levantó de nuevo la voz; mas alzando el *Gavilan* su manaza con el pañuelo, le dijo con la mayor dulzura que pudo:

— Vaya, estáte quieta, que será mejor para ti. No tratamos de hacerte mal; pero si no callas, nosotros te haremos callar.

— ¡Dejadme! ¿quiénes sois vosotros?... ¿Adónde me lleváis? ¿por qué me habéis detenido? dejadme, dejadme.

— Te repito que no tengas miedo. Ya no eres una niña, y bien debes conocer que no queremos hacerte mal. ¿No ves que si fuera mala nuestra intencion, ya te hubiéramos podido matar cien veces?

— No, no, dejadme que me vaya mi camino. Yo no os conozco.

— Nosotros te conocemos á ti.

— ¡Ay, Virgen bendita! ¡Dejadme ir por amor de Dios! ¿quiénes sois vosotros? ¿por qué me habéis preso?

— Porque nos lo han mandado.

— ¿Quién, quién ha podido mandároslo?

— ¡Chiton! — dijo el *Gavilan* con ceño. — Á nosotros no se nos preguntan esas cosas.

Otra vez intentó Lucía arrojarle de improviso á la portezuela; pero viendo que era inútil, acudió de nuevo á las súplicas, y con el rostro inclinado y las mejillas bañadas en lágrimas, la voz interrumpida con los sollozos, y las manos juntas delante de los labios, decia:

— ¡Ay de mí! ¡dejadme marchar por amor de Dios! ¡por los dolores de María Santísima, dejadme marchar! ¿Qué mal os he hecho yo? Yo soy una infeliz que á nadie he hecho daño. El que me habéis hecho os lo perdono de todo corazon, y rogaré á Dios por vosotros. Si tenéis una hija, una esposa ó una madre, reflexionad lo que sufriria si se hallase en mi lugar. Acordaos que todos hemos de morir, y que un día deseareis que el Señor use con vosotros de misericordia. Dejadme ir, ó dejadme aquí, que el Señor hará que encuentre mi camino.

— No podemos.

— ¿No podéis? ¿Y por qué? ¿Adónde queréis llevarme?

— No podemos decirlo: todo es inútil. No tengas miedo; ningun daño te hemos de hacer. Estáte quieta, y nadie te tocará.

Angustiada Lucía, desalentada y llena de terror al ver que sus palabras no producian efecto alguno, se dirigió al que tiene en sus manos el corazon de los hombres, y puede cuando quiere enternecer á los más endurecidos. Acurrucóse, pues, en el rincón del coche, cruzó los brazos sobre el pecho y oró fervorosamente en su corazon, y sacando luego el rosario, empezó á rezarle con más fe y devocion que nunca. Esperando de tiempo en tiempo haber alcanzado la divina misericordia, se volvía á suplicar otra vez á sus

verdugos; pero siempre inútilmente. Volvía á perder el uso de los sentidos, y los recobraba luégo para padecer nuevas angustias. Pero ya nos falta el ánimo para continuar describiéndolas más tiempo. La compasion nos apresura á que lleguemos al término de aquel viaje, que duró más de cuatro horas, y despues del cual tendremos que pasar otras tambien de angustias. Trasladémonos, pues, al castillo, en donde aguardaban á la desgraciada.

Aguardábala el dueño con un interes y una suspension de ánimo no acostumbrado. ¡Cosa particular! el que con espíritu imperturbable habia dispuesto de tantas vidas, y en todas sus fechorías siempre tuvo en nada las congojas que habia hecho sufrir, ménos cuando alguna vez por espíritu de venganza se gozaba en ellas, ahora al cometer este atentado contra una miserable aldeana, experimentaba cierta especie de repugnancia, de disgusto, y aún pudiéramos decir de miedo.

Habia algun tiempo que desde una ventana de las más altas del castillo estaba en acecho mirando hácia la entrada del valle, cuando apareció el coche, que venía con mucha lentitud, porque la primera carrera á galope tendido habia debilitado la fuerza de los caballos. Aunque desde la altura en que estaba en observacion, parecia el coche uno de aquellos de carton con que se entretienen los muchachos, le conoció inmediatamente, sintiendo en su corazon nuevos y más fuertes latidos.

— ¿Si vendrá en él? — dijo para sí. — ¡Cómo me fastidia el asunto de esa mujer! Voy á desembarazarme de semejante encargo.

Y ya se disponia á llamar á uno de sus satélites para que llegándose al coche mandase al *Gavilan* que diese la vuelta y condujese á Lucia al castillo de D. Rodrigo; pero cierta voz imperiosa que resonó en su interior le hizo desistir de tal pensamiento. Sin embargo, no pudiendo resistirse al ansia de mandar alguna cosa, y fastidiado de estar aguardando ociosamente el coche, que se acercaba con una le-

titud que para él tenia accidentes de molestia, llamó á una vieja que tenia en su casa.

Hija esta de un antiguo conserje del castillo, habia nacido en él, y allí habia pasado toda su vida. Lo que desde su nacimiento habia visto y oido la habia hecho formar un concepto asombroso y terrible del poder de sus amos, y la máxima principal que le habian inspirado la educacion y el ejemplo, era la de que convenia obedecerlos en todo y por todo, porque podian hacer mucho mal y mucho bien. La idea de obligacion depositada como gérmen en el corazon de los hombres, desenvolviéndose en el suyo á par que las de un respeto, un temor y una codicia servil, se habia identificado en ella con estos sentimientos. Cuando su amo, despues de entrar en posesion de sus bienes, empezó á hacer de ellos aquel uso espantoso que hemos visto, experimentó la mujer al principio cierta repugnancia acompañada de un sentimiento más profundo de sumision, acostumbrándose con el tiempo á lo que diariamente veia y oia; por manera que la voluntad firme y desenfrenada de aquel poderoso era para ella una especie de fallo de la justicia. Casóse en edad madura con uno de los criados de la casa, el cual, habiendo salido muy luégo á una expedicion peligrosa, quedó en la estacada, dejando sus huesos en una encrucijada y á la mujer viuda en el castillo. La venganza que tomó su amo en aquella ocasion fué para ella un consuelo feroz, y aumentó su vanidad por hallarse bajo tan poderosa proteccion.

Desde entónces salia raras veces del castillo, y poco á poco de todas las ideas humanas no le quedaron más que las que recibia en aquel paraje. No estaba destinada á ocupacion alguna particular, pero entre aquella caterva de satélites, ya uno, ya otro le daba que hacer á cada instante, y esto era lo que la mortificaba. Ya tenia que remendar trapos, ya que preparar apresuradamente la comida para los que solian volver de alguna expedicion, y ya heridos que curar. Los urgentes mandatos de aquella canalla, sus reconvenciones, y hasta las expresiones de agradecimiento iban siempre acom-